

thé, despues de haber vencido á los ammonitas, se ha vencido á si mismo. Una víctima, Jehová, digna de tu grandeza y de nuestro pueblo, morirá sobre el ara santa. Aspira el olor que salga del humo de sus carnes calcinadas, y envíale en cambio bendiciones y bendiciones sobre tus hijos, sobre el pueblo de Israel. Vamos, Jephthé, vamos al sacrificio; tu sangre será bendecida eternamente, y las vírgenes de Israel consagrarán una festividad eterna á llorar la virginidad de tu hija malograda para el mundo, pero eternamente bendecida en el templo de nuestro Dios.

XII.

ORIEL (*solo*).

¿Cómo el esclavo creará en vuestros dioses? ¿Cómo su corazón podrá abrirse á vuestras creencias? Una divinidad implacable admite el voto de un hombre en delirio. Este hombre ofrece el sacrificio de la primer persona que salga á recibirle á la puerta de su casa. El corazón de un esclavo presente lo que no ha sentido el corazón de un padre. Ha visto mil veces pasar ante sus ojos la figura hermosísima de la hija de Jephthé. Allá, en el fondo de su sér, ha experimentado extraño sentimiento de inclinacion hácia esa casta y divina virgen, cuyos ojos tienen un rayo de luz para estas tinieblas; cuyos labios tienen una palabra de consuelo para estos dolores. Quiere adelantarse, ofrecerse al sacrificio, y se lo impiden las bárbaras leyes, las bárbaras costumbres que lo conde-

nan á no tener propia voluntad. Y al llegar se encuentra Jephthé con su hija. Si el Dios de mis señores fuera ese Dios de justicia que ellos invocan, preferiria á recibir el vano humo de inútil holocáuste devolver una hija querida al corazon de su triste padre, cuyo dolor y cuyo arrepentimiento no pueden medirse. Pero no, quiere aspirar el vapor del holocáusto; quiere ver la sangre virginal disipándose en nubes por los espacios infinitos; quiere recibir un sacrificio semejante al que recibian en sus aras empapadas de sangre los dioses antropófagos. Y el sacrificio se consuma en este momento. Tres meses han corrido las vírgenes de Israel por los montes y los valles demandando piedad para la hija de Jephthé. Tres veces cada dia han resonado los ecos de sus plegarias. Pero el sordo Dios no ha enviado uno de sus ángeles á impedir esta inmolacion espantosa. Y se acercan ya al sacrificio. Van delante los címbalos, las arpas, los salterios, celebrando con melodiosas cadencias este acto inhumano, cual si fuera un acto religioso. Van luego las vírgenes de Israel, que danzan con una alegría tan loca cual, si en vez de ir á presenciar el suplicio de una virgen inocente, fueran á presenciar sus desposorios. Los ancianos de Israel, con sus báculos en la mano,

entonan una salmodia triste y uniforme como el ruido del viento que se estrella en las arenas del desierto. Vienen luego los levitas con sus túnicas sacerdotales, llevando los instrumentos del sacrificio. Detrás viene la victima apoyada en su padre. Jephthé está demudado. El dolor ha encanecido sus cabellos, ha surcado su rostro, ha extinguido el resplandor de sus ojos marchitos. De vez en cuando su cuerpo dá un sacudimiento como el cedro que la tempestad ha herido; y el silencio de su pecho se interrumpe con prolongados gemidos. Su hija triste, pero resignada, parece no sentir otro dolor sino el dolor de aquellos que la rodean. Sus ojos ya se convierten al cielo, ya al rostro del demudado padre. Este se coloca en el altar, coge febrilmente una cuchilla, agarra á su hija, que levanta los brazos al cielo, y echa hácia atrás la cabeza ofreciendo desnuda su garganta, y desnudo su pecho, desgarrá el corazon, que lanza un gemido horrible al partirse en dos pedazos; y arroja al suelo el cuerpo virginal, cayendo él de espaldas como si tambien hubiera muerto. Los ancianos y los sacerdotes recogen el cuerpo, lo echan á la hoguera; y aquellos huesos, aquella sangre, aquellas carnes que formaban la más hermosa criatura de Israel, se desvanecen pronta-

mente en blanquecinas nubes. Gózate, Dios de Israel, en tu obra. El esclavo, este esclavo, que acaso tú no descubrirás, perdido como está en los abismos de la tierra, el esclavo te echa en rostro tu injusticia y execra tu crueldad implacable.

XIII.

SAMUEL.

¿Quién eres?

ORIEL.

Soy aquel á quien todos desconoceis y necesitais.

SAMUEL.

¿Quién eres?

ORIEL.

Soy la piedra negra del hogar, el azadon del trabajo, el buey de carga, el sacrificado, el inmolido eternamente en todas las aras bajo las bóve-

das de todos los templos. Han pasado los guerreros y me han herido con sus lanzas. Han pasado los sacerdotes y me han contado entre las bestias destinadas al sacrificio. Han pasado los reyes, y me han hecho extender los lomos para que sirviese de piedra angular á sus soberbios sólios. Y sin embargo, yo soy la actividad, yo soy la vida, yo soy la fuerza creadora, yo soy la inteligencia que ha continuado la naturaleza, porque yo, yo soy el trabajo.

SAMUEL.

Dios me ha hecho profeta, y no comprendo sin embargo, tu lenguaje. ¿Quién eres ó qué eres?

ORIEL.

Soy tu siervo.

SAMUEL.

¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde naciste?
¿Dónde has vivido?

ORIEL.

Como no he vivido nunca ¡oh! nunca he muerto. Mueren los seres que viven. Yo soy la piedra fría que la ola arroja y recoge de la playa. Soy como el mineral inerte. La añosa encina vivirá siglos, pero al cabo se deshojará á su lado, mientras el mineral continuará allí, azotado por la lluvia, por el rayo, abrasado por el calor, helado por el frío, á todos los sacudimientos de la vida sumiso, á todos los influjos de la atmósfera pasivo y obediente. No vive, es verdad, pero tampoco muere.

SAMUEL.

Tienes, siervo, bien extraño lenguaje.

ORIEL.

No lo comprendes tú ahora; mas algún día lo comprenderán los pueblos. Y vuestros dioses, y vuestros templos serán juzgados por el siervo y maldecidos ó bendecidos según la sentencia del siervo.

SAMUEL.

¿Qué dices? Yo no te comprendo. ¿Eres algun loco? ¿O eres algun sábio que llega del extremo Oriente?

ORIEL.

Soy la eterna sombra de todos vuestros errores; soy el eco eterno de todas vuestras injusticias. Soy el siervo. Me han cogido como se coge una presa en la caza. Me han atado como se ata una fiera en la selva. Me han traído como se trae un fardo. Me han ofrecido á este templo como se ofrece un vaso para el altar ó un buey para el sacrificio. Soy tu siervo. No me preguntes nada. No me digas nada. Moverme al compás de tu voluntad; hé ahí mi destino.

SAMUEL.

Pero allá en tu sér hay aspiraciones más altas.

ORIEL.

¿No ves la planta que nace en los abismos ele-

var, elevar su tallo hasta recoger la luz? ¿No ves la alondra que nace en el barro volar, volar hasta bañar sus alas en los matices de la aurora? ¿Y querrás que el hombre no ame la vida, no ame la luz?

SAMUEL.

Mas ¿en qué fias para satisfacer esa aspiracion, para lograr ese deseo?

ORIEL.

Yo he visto tu pueblo, tus tribus de Israel. Yo las he encontrado en el desierto. Yo las he hablado en el cautiverio. Yo he oido sus lamentos cuando el látigo de Faraon chasqueaba en sus oidos. Yo las he visto luego emancipadas, libres, dueñas de su destino, llegar á tener un hogar, á nombrar sus jueces, á erigir su República. Yo creí que un pueblo esclavizado no debia tener cautivos. Pero los tiene Israel, los tiene. Por eso su nombre será maldecido y esclavizados tambien sus hijos.

SAMUEL.

¿Qué dices, blasfemo?

ORIEL.

Yo no os temo. La mayor pena que habeis inventado los hombres ¡ah! es la muerte! Y yo no puedo morir. ¿Qué seria de vosotros si matárais vuestro siervo? Mi dolor es indispensable á vuestra fortuna; mi trabajo á vuestra vida. Mis lágrimas son el rocío de vuestros campos.

SAMUEL.

¿Quereis comparar el siervo hebreo con los siervos de los pueblos idólatras?

ORIEL.

Me importan poco los grados de ignominia; lo que me importa es la ignominia. Me importa poco el peso de la cadena; lo que me importa es la cadena.

SAMUEL.

Te tratamos como á un hijo.

ORIEL.

Como á un animal doméstico.

SAMUEL.

Servirás en el templo de Dios.

ORIEL.

De un Dios que sólo mira á Israel.

SAMUEL.

Vivirás en una república.

ORIEL.

En una república que tú has destruido.

SAMUEL.

¿Cómo, qué dices?

ORIEL.

Si, tú la has destruido.

SAMUEL.

Yo, yo.....

ORIEL.

¿No has hecho hereditaria la magistratura suprema?

SAMUEL.

Es verdad, la he delegado á mis hijos.

ORIEL.

Y tú que eras el gran profeta, el gran juez de Israel, has cometido contra Israel y contra su libertad este delito.

SAMUEL.

Siervo.....

ORIEL.

No te irrites. Ya te he dicho que nada puedo temer de tí, porque soy inmortal.

SAMUEL.

Habla, habla.

ORIEL.

Tus hijos han demostrado ya cuán vano, cuán fatal es el principio de la herencia. Tú has sido un gran juez y ellos han sido unos grandes perversos.

SAMUEL (*cubriéndose el rostro con las manos*).

Es verdad, es verdad....

ORIEL.

Y no se puede arrojar un error en la vida humana sin que toda la vida humana se corrompa y se pervierta. Ya verás cómo de esa corrupcion de la república nacerá la mayor calamidad que caer

puede sobre los pueblos, nacerá, profeta, nacerá un rey.

SAMUEL.

¿Un rey? ¿Has dicho un rey? ¿Puede haber para los pueblos calamidad mayor que un rey? ¿Qué-dese idolo semejante para los pueblos idólatras. Israel no tendrá más rey que Jehová.

ORIEL.

¡Cómo te engañas! Los pueblos gustan de ser soberbiamente mandados. El cetro que sobre sus espaldas pesa les parece señal de elevacion y dignidad. El fausto real y el brillo de la corona les deslumbra. Ven la púrpura y no piensan que la han teñido en su sangre. Ven los diamantes y no piensan que los han amasado con el sudor de su frente. Les gusta el brillo, el esplendor, la riqueza que deslumbra. Les gusta en su abyeccion y en su miseria la monarquía. Yo lo he visto eso en mis compañeros los esclavos. La cadena forma parte de su sér. La abyeccion discurre por sus venas. Si fueran libres, acaso morirían. Los pueblos se acostumbran fácil, facilísimamente, á los

tiranos ; y fácil , facilísimamente , los perpetúan , sobre todo cuando la corrupcion los devora.

SAMUEL (*de rodillas*).

Jehová , Jehová , oye la voz de tu sacerdote. Siempre estuve en tus vías, y escuché tus avisos, y cumplí tus mandamientos. Aparta de tu pueblo la calamidad que anuncia ese miserable siervo. No sacaste á Israel de Egipto para que levantara Faraones sobre sus hombros y se entregara á dinastías soberbias como los pueblos idólatras. Separa tu pueblo de las otras naciones, y consérvalo bajo la justicia de sus jueces y en el seno de su república.

ORIEL.

¿Oyes un rumor?

SAMUEL.

Es el viento en los pinos.

ORIEL.

No, es el pueblo en su ira.

SAMUEL.

¿El pueblo?

ORIEL.

Sí, el pueblo que viene á dirigirte alguna súplica. Tiembla.

SAMUEL.

Si me suplica, ¿he de temblar? ¿No soy yo quien puede conceder?

ORIEL.

Los pueblos, cuando suplican airados, se imponen. Sus ruegos son mandatos.

SAMUEL.

Es verdad. El pueblo se acerca.—¿Qué pedís?
¿Qué deseáis?

EL PUEBLO.

Pedimos, deseamos un rey.

SAMUEL.

¿Os habeis cansado de ser libres?

EL PUEBLO.

Sí, sí. Queremos un rey.

SAMUEL.

¿Os habeis cansado de tener por único rey á Jehová?

EL PUEBLO.

Queremos un rey á quien nosotros veamos y toquemos y llamemos padre y señor.

SAMUEL.

¿Deliras, pueblo de Israel?

EL PUEBLO.

Queremos, queremos rey.

SAMUEL.

¿Quereis rey? Vuestras libres tribus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los carros del rey como bestias. Al nacer, nacereis ya con la marca de vuestra ignominia, y sereis desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro heredad y propiedad de otro, como los terrones del campo, como los borregos nacidos en el ganado. Unos ireis delante de él, como cabestros, y otros detrás de él como récuas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su córte, ya para su ódio y para sus guerras. Empapareis la tierra con vuestro sudor, y el fruto será para él. Empapareis los campos de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembrareis, él recogerá el trigo. Vendimiareis, él se beberá el vino. Engendrareis, él sacrificará vuestros hijos. Ya no os llamareis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunucos del serrallo del rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos unguentos, y luego en-

tregarse como meretrices á su lascivia. Os repar-tireis entre sus cortesanos como se reparte y se distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capricho. Mullid los cogines en que se acueste, lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas y que haga remos de sus galeras vuestros brazos. La sangre, la honra, el nombre de familia, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas; todo, todo será propiedad del monarca, dueño de Israel como de un prédio. Huid, huid de tamaña ignominia.

EL PUEBLO.

Queremos ser como los demás pueblos, queremos rey que nos dirija en la paz y nos mande en la guerra.

SAMUEL.

Quereis una mordaza para vuestros lábios, un freno para vuestras quijadas, unas argollas para vuestros cuellos, unas esposas para vuestras manos, unos grillos para vuestros piés, la noche en

la inteligencia, la muerte en el corazón, la humillación ante Dios, la deshonra ante el mundo.

EL PUEBLO. ¿Y cómo se puede hacer esto?

Queremos rey, cetro y espada.

SAMUEL. ¿Por qué queréis eso?

¿Lo queréis? Cúmplase vuestra voluntad.

SAMUEL. ¿Y qué os da el rey?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

¿Y qué os da el cetro y la espada?

XIV.

SAMUEL.

Siervo, conoces bien al pueblo de Israel.

ORIEL.

La conciencia del esclavo será algún día la conciencia de la humanidad.

SAMUEL.

¿Qué quiere decir humanidad? ¿Qué significa esa palabra?

ORIEL.

Tú no puedes comprenderla ahora, pero algún día la comprenderán los hombres. Y entonces habrán concluido los esclavos y los reyes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO